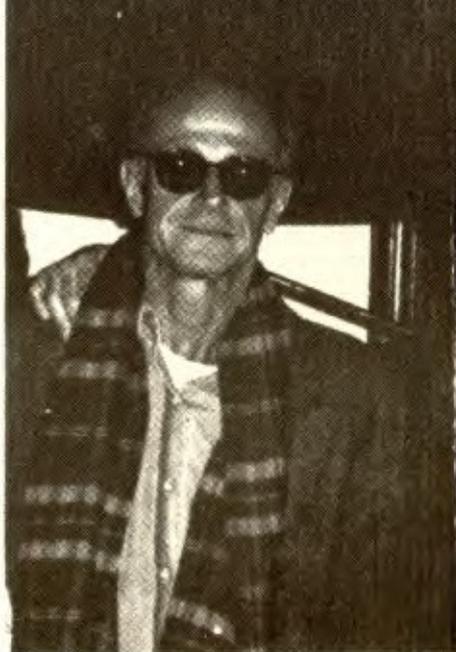


SAÚL IBARGOYEN (Montevideo, Uruguay, 1930), vive en México desde hace años; se dedica al periodismo cultural y a la coordinación de talleres literarios. Es miembro permanente del jurado que atiende el programa Tierra Adentro de apoyo a revistas de provincia, auspiciado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Asimismo, es asesor del Grupo Editorial Eón, que publica la *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* en acuerdo con la Universidad de Texas, en El Paso, USA.

Su obra poética y narrativa abarca unos 50 títulos, editados en México, Cuba, Portugal, USA, Uruguay, Paraguay y Venezuela. Bajo el sello de Editorial Praxis publicó *La última bandera* (1994) y *Fantoche* (1995).

En cumplimiento de actividades culturales ha viajado por más de 20 países de América Latina, Europa y Asia. Forma parte del consejo editorial de las revistas mexicanas *Archipiélago*, *Dialéctica* y *Entomo*.



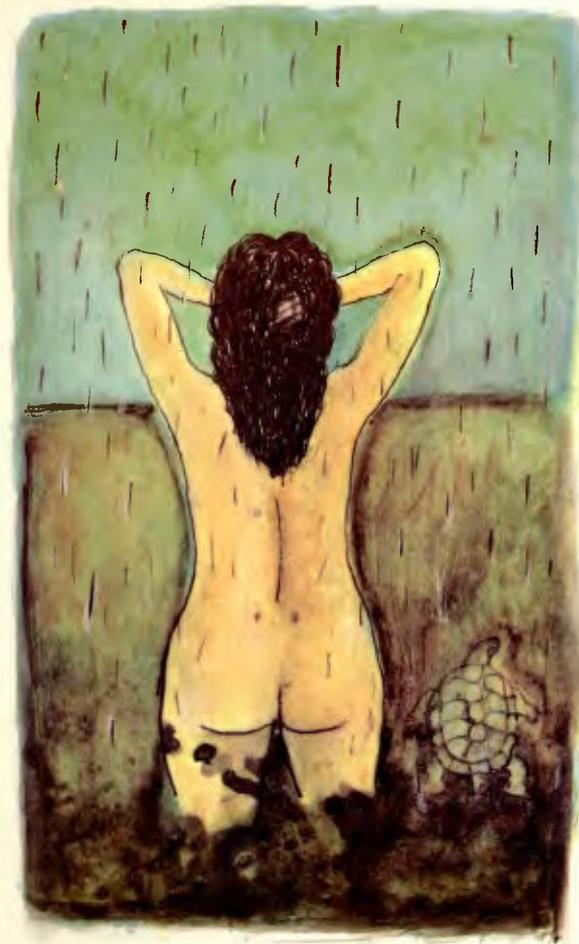
Cuando un poeta en la plenitud de su actividad creadora desnuda su alma y saca del fondo de su corazón los poemas desgarrados que dan motivo y razón a su ser; cuando los hechos cotidianos se vuelven obsesión y en su mente no hay más imagen que la de la amada; cuando el dolor es amor, es todo, los versos desencadenan en ese poeta el ritmo de la vida. Esto pasa con Saúl Ibargoyen, hombre de amor y de palabras, quien ha escrito un poemario de mucha fuerza con expresividad desbordada.

Versos de poco amor es más: la soledad que crea universos; los recuerdos abrazando la memoria; el caos original renaciendo en el vacío, la nada; la nostalgia del futuro; el deseo contando las horas de un tiempo que no corre al ritmo de la sangre, que consume todos los resquicios del pensamiento. Es también el amor “alimentándose de una oscura felicidad... sosteniéndose como una lágrima besada después del silencio”.

Carlos López

Saúl Ibargoyen

Versos de poco amor




editorial
praxis

Saúl Ibargoyen

Versos de poco amor

VERSOS DE POCO AMOR

SAÚL IBARGOYEN

Maquetación y coordinación general:
Blanca Mateos

Digitalización de textos:
Berenice Garmendia

PALABRAVIRTUAL.COM



1ª edición digital
2014

Saúl Ibargoyen
Versos de poco amor

Colección Dánae



Portada: LAURA QUINTANILLA

*Que en estos versos, Gloria,
puedas nuevamente verte:
son tuyos,
de ti han venido
y en ti quedarán.*

D.R. EDITORIAL PRAXIS
PRIMERA EDICIÓN, 1996

ISBN 968-7646-12-8

EDITORIAL PRAXIS, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Deleg. Cuauhtémoc,
C.P. 06720, México, D.F. Tels. 578-86-89 y 761-94-13 Telefax 578-86-89

Meras palabras

Un nítido y explícito título tuvo en principio este libro inacabado y fugaz; dos o tres propuestas posteriores fueron también soslayadas. Alguien decidió elegir —tal vez el *auctor*, o sea el responsable más que el creador— el título que ahora es trasladado en un cuerpo de papel.

Hubo preguntas: ¿por qué *Versos de poco amor*?

Porque para el humano amor no basta todo lo bastante, ni es necesario todo lo faltante; porque quizá las medidas de este amor carecen de medida; porque en este amor todo es poco, todo es mucho, todo es todo, todo es nada. Y porque las propias palabras ocultan o deforman lo que mejor quieren descubrir.

Amante, amador, amigo, el autor jamás podrá saber el rumbo de sus versos en la memoria de otra sangre, ni tampoco sabrá nunca qué pausas y ritmos y sonidos suyos serán alguna vez respirados por la amiga profunda y ausente.

El poco amor, pues, alimentándose de una oscura felicidad, y de jugos rojos de espíritu y de sustancia azul de carne que no cesan; el poco amor, sí, sosteniéndose como una lágrima besada después del silencio.

S.I.

Soneto para Gloria

Un soneto me manda mi conciencia
en pago de la falta cometida.
Todo quise poner tal vez la vida
y erré por este enojo y mi impaciencia.

Se ha dicho que el amor es una ciencia
o un arte para el alma dividida
en dos partes cual labios de una herida
que sólo cierra al darse tu presencia.

Mi corazón no sabe de respuestas:
es tan torpe necio y fatalista
que al sangrarse en figuras descompuestas

de tanto error olvida pasar lista.
Pero ya con tu voz bien ha aprendido
a entender tu silencio y tu sonido.

La visitante

Arrastro mi nariz por las sábanas
que tus olores oscurecen.
Arrojo mi lengua
hacia tu sudor
en las toallas desahuciadas.
Huelo el polvo
que tus zapatos apartaron.
Arranco las raíces de tu sombra
que cayeron debajo de esta cama.
Recojo del mantel
la cuchara hambrienta
que estuvo en tu boca.
Levanto de mi almohada
tus pelos secretos.
Bebo de las lentísimas aguas
usadas por tu cuerpo.
Muerdo el arroz amarillo
que quedó en tu plato.
Busco una camisa de seda azul
para alcanzar tu cintura sin término.
Revuelvo confusas papelerías
sostenidas por tu nombre.
Acaricio animales de cartón
que todas tus manos
ofrecen a la luz del mundo.
Respiro la brevedad
de tus calzones
y la piel de un vestido olvidado.

Lavo fuentes ollas y cuchillos
ordeno muebles cenizas y sonidos
y toco el pan que no tocaste
y lo meto en mi sopa sola
y hablo contigo
de tu ausencia inexpresable.

Pedazos

Cómo juntaré tus pedazos
que no están sobre la cama
que respiran tal vez en la sucia ciudad
que pasa por nosotros:
un eco venido de tus húmedos mensajes
unos cabellos profundísimos
sometiéndose al calor cambiante de la noche
una delgada sombra de calzón
que las alfombras retienen
unas escamas de piel
con los jugos de tu rostro
una señal de lenguas abandonadas
un retrato de tus pies
en la trama de fundas y de mantos
unas algodonosas burbujas
salidas rojamente de ti
un estallido de médulas
y de vísceras y de alegres lágrimas
una boca de tus labios más oscuros
que bebe de mí caldosas palabras
un ruido de súbitas aguas llevándose
otros pedazos y otras aguas
que el cuerpo tuyo ya no necesita.
Cómo habré de juntar
tu incontable pedacería
que en calles y casas y papeles
y jardines y sillas y servilletas
y cocinas y autobuses

se extiende se entreteje
con una otra historia
de estos pedazos de ti
que serán los más tuyos
de los pedazos míos.

Pájaros oscuros

Hoy vi en medio del polvo iluminado
de estas fronteras
a los hijos de aquellos zanates
que también fueron mirados
con la velocidad del verano
en otros ojos:
tu pelo muchacha
estaba en sus plumas
—que no pude tocar
para sentir simplemente
los sabores
de tu alejada sombra.

Landscape de Cuernavaca

Las bugambilias se expanden
entre los oros transparentes de Cuauhnahuac.
El oxígeno agredido se contrae
al apegarse a las formas de tu piel
que estas manos rehaciéndose
lentamente construyen.
En la furia fugaz de las rosas
—que el jardín acerca
a las ventanas—
está la ofrenda de tu sudor
pausadamente florecido.
Hay más golondrinas esta vez
con un sonido de gritos destrozándose
y un negror de rápidos zanates
y un tránsito de gorriones alucinados
y una mariposa de plumas amarillas
y un sinsonte segador de hierba:
sombras esas pasando por tu pelo
que crece en otras sombras.
En la plaza de Cuauhnahuac
un sistema de planetas volanderos
desordena sus órbitas atadas
con cordeles de jadeante luz
mientras tu cuerpo descansadamente camina
hacia la multiplicada color
de las fotografías.
Partículas de sol
golpean piedras y baldosas descalzas.

Y así tu lejanía
despaciosamente se aproxima:
eres más que todo tu cuerpo
y tu cuerpo contiene
todas las sustancias del mundo.

Montevideo, otoño 96

Otra vez el otoño pasa
con el arrastre de sus uñas
de pálida sangre.
El aire es una bandera traslúcida
desprendiéndose del cielo sin campanas.
Cada gorrión es el pájaro
de cada uno de estos días:
cada paloma se aleja
inútilmente de sus plumas congeladas:
y una a una las gaviotas despedazan
la basura viva que habrá de alimentarlas.
Son largos los altos espacios
de este otoño
y breve es el agua que señala
las fronteras de los muelles y la arena.
¿Dónde se asientan los pilares
de la ciudad de humos
vacilantes y perdidos?
¿Dónde está el lugar
de las vísceras asadas
y el pan recién despierto?
¿Dónde los orígenes
del vino evaporado?
Alguien pone sus pasos
en calles apretadas
que los barcos navegan:
alguien contempla
en su lenta taza de café

ese tu rostro tuyo sin sombras
donde todo viaje debe comenzar.

El hijo oscuro

Ahora yo y mis encías
y mis dientes y mis muelas
y mi paladar y mi lengua
y mi nariz y mi garganta
besamos
el cabello aceitado y enredoso
de tu vientre:
chupamos
la breve cúpula de tu erizado placer:
absorbemos
un olor fermentado entre pulsantes lágrimas:
mordemos
las elásticas arcillas que rodean
esa zona central
que me espera y me contiene.
Y más adentro
de tus mojadadas pieles
yo y mis labios
y mis dedos encontramos
la extensión naciente
y creciente de otra piel:
el latido que cada poro
convoca y distribuye:
las otras tenues uñas rascando
los sabrosos bulbos y raíces
de tus pelos y tus médulas:
los otros ojos metidos
en la joven sustancia

de tus ojos de mañana:
la otra risa y la otra sonrisa
y el otro cántico ya moviéndose
desde el cielo jugoso de tu boca:
las otras manos
y los otros pies
cocinados también
en los actos y los rumbos de tus huesos:
el oscuro animal nadando y respirando
en la burbuja profunda
que tus aguas alimentan:
la otra voz abriéndose
con la saliva de tu voz
para que nada en nuestros mundos
se parezca al silencio.

Ahora duermes:
tu cuerpo apenas envejecido se cierra
abrazándose al otro cuerpo
que buscaste
en el tránsito de mi cuerpo final.

Luz de frontera

La luz se aparta del cielo
con su masa de raíces desesperadas
con sus hojas de vidrio calcinado
con sus tallos de pureza desgastándose.
El polvazal que las hierbas sostienen
se desgarran en pedazos gritadores:
hay cenizas y vasos de cartón disueltos
y una saliva de pájaros opacándose.
Y el aire se detiene
apegado a la forma de este cuerpo
y los gestos de tu piel
me alcanzan
con su espuma inevitable.

Más palabras

Al término de algunas palabras
después de la voz muerta
que cae de los teléfonos:
luego de que una música
furiosamente se extinga
entre desgarraduras de tiempo
y edificios sombríos:
al cabo de gotas de polvosas lluvias
que la ciudad recibe adelantadas:
recién entonces estas uñas
con olor a las acideces de ti
tiemblan como pétalos
de carne endureciéndose:
y esas manos de estas uñas
se aferran a breves banderas
de tu sudada piel:
y esos dedos de estos pies
no encuentran su rumbo de mañana
entre cobijas desorientadas
y zapatillas desnudas:
y esos huesos de esta espalda
se tensan luchando y fluyendo
sobre tu ausencia extendida:
y esos pelos de esta nuca
se enfrían en la almohada:
y esas verduras esos panes
esas frutas de azúcar
esas tazas de café

de esta mesa se asfixian
separadas de tu lengua inmortal.
Esto es lo que sucede
por esos aires de esta casa
cuando se apaga la saliva
de algunas palabras.

La faltante

Lo que más existe
como un caldo de humosas moléculas oscuras
lo que más está
como una carne transparente rodeándome
lo que más es
como esas aguas colgándose de sí
después de cada lluvia
lo que más permanece
como una víscera castigada
por gases y reflejos
lo que más insiste
como una canción desde la infancia muerta
lo que más destruye
como una lengua
en cada boca solitaria
lo que más lastima
como una sombra de arena
en tu zapato
lo que más descansa
como tus muslos y sus sémenes
agriamente resecos
lo que más reclama
como una bandera rechazada
luego de la batalla
lo que más grita
como el hijo secreto de tu besado vientre
lo que más desgasta
como una voz derramándose

entre piedras tristísimas
lo que más recuerda
como esta mano encerrando
tus enaguas vacías
lo que más falta
como si fueras tú el pan mojado
en los jugos de la noche
que también con tu ausencia
cada noche se repite.

La mano

Tu mano es
el guante de mi mano.
Y estos huesos cartílagos
tendones hilos ligamentos
yemas uñas finalmente
se meten
se ajustan
se acomodan
en los túneles y tubos
y paredes interiores
de tus suavísimas células.
¿Es una mano duplicada
más fuerte ahora en sí
que así se mueve?
Mano que toma algodones
y corrige tu sangre
y que lava tu rostro
con las primeras aguas de la luz
y que pliega telas que huelen
a tus calcetines y a tus faldas
y que agrega ligeros azúcares
a la tibieza del café
y que ordena palabras
que se escriben a sí mismas
y así cantan
y que lleva trozos de verdura
al tenedor que te sustenta
y que reconoce el pulsante mensaje

que desde mis piernas
se alza hasta tu boca
y que marca las cifras
y las horas del encuentro
y que hace de tu pelo
una lengua sudorosa que pasa
sin prisa por mi pecho.
Mano es ésta
que firma papeles
y da cuenta de mínimos billetes
recibos facturas documentos
y prepara flores en su vaso
y aparta hojas y tallos herrumbrados
y recupera los gestos perdidos
y recuerda la furia y el fulgor
de otros contactos
y renace más en sí
en esta mano de afuera
y en esta mano de adentro
una sola y siempre mano
conociéndose
traspasándose sin término
y amándose
y olvidándose
y tocándose.

La silenciosa

Debajo de tu despaciosa saliva
hay un sonido
como un árbol que también necesita
la sombra que ofrece.
Ese es el sonido tuyo
que ahora llamo solamente silencio.
Por eso estaré enraizándome
a los teléfonos
ocupando lugares
que otros cuerpos reclaman
afirmándome en mis flacos pantalones
envolviéndome en una fría camisa
entrando mis dedos en zapatos desterrados
gritándome las cifras que escribí
para los viajes primeros de tu voz.
Ese tu silencio tuyo
viene tal vez de otras gargantas
de otras lenguas
que hablaron en tu boca
de otros gestos carnales
de otra oscura humedad.
Viene conmigo ese silencio tuyo
como una partícula sombría
en el hígado del fuego
o un ala de mosca oxidándose
en la vaciedad del aire
o un simple grito disolviéndose
en el sudor de las almohadas solitarias.

Me acerco a la lentitud
de tu saliva
al sabor de tus espumas profundas:
silenciosa eres
y en este canto
te convertirás.

El pétalo y la rosa

Un pétalo es
toda la piel
de esta rosa.

La rosa está aquí:
puedes tocarla
en este pétalo.

Un pétalo es
la profunda presencia
de la rosa.

La rosa aún crece
en la sangre
de este pétalo.

En este pétalo
la rosa abandona
todas sus espinas.

Te ofrezco
este pétalo:
construye tú la rosa.

Un pétalo es
la roja raíz
de cada rosa.

Este pétalo
debe morir
para que la rosa viva.

Este pétalo está seco:
todas las rosas
tienen sed.

Deja tu saliva
en este pétalo:
¡que nazca la rosa!

Este pétalo
no huele a rosas:
huele a pétalo.

Un pétalo no cae:
sólo se reúne
con su rosa ausente.

Un pétalo es como tú:
más que un pétalo
más que una rosa.

Este pétalo no grita:
se hunde en los colores
de su propio silencio.

Este pétalo es
el labio suelto
de una simple rosa.

Cuando un pétalo muere
muchas rosas
mueren con él.

Cada distinto pétalo bebe
la misma sangre
de la misma rosa.

Debe la rosa al pétalo
lo que el pétalo a la rosa:
sólo el color no la forma.

Entre pétalos distintos
crece una rosa
igual a su color.

Este pétalo es libre
porque el aire entra
en el cuerpo de la rosa.

La raíz del pétalo
nunca será
la raíz de la rosa.

Dijo un pétalo
a otro pétalo: no se construye
una rosa en un día.

En la humedad
de un pétalo
hay sudores de rosa.

Cuando este pétalo
se abraza a otro pétalo
la rosa habrá de nacer.

Cada pétalo es
la lengua enrojecida
de su propia rosa.

Un pétalo blanco
es parte de la roja sombra
de esta rosa.

En los pétalos oscuros
de tu vientre
esta boca es una rosa.

Si este pétalo cae
déjalo: desde él y sola
se alzaré la rosa.

La rosa arde en su fuego:
un pétalo es
el humo de ese incendio.

La casa

Llega este hombre
con sandalias mojadas
de oscura lluvia
hasta la casa:
caminos y calles
en los huesos de sus pies
suciedades de otras lejanías
y otros años
y pedazos de rosas
mezclados con sus dedos
y papeles con nombres apagándose
y banderas destejidas
entre el barro.
Este hombre llega
y con cansados labios
toca la puerta entreabriéndose
y su lengua pasa
por panes y cánticos
por paredes y rincones
por vestidos y lámparas
por pisos y alfombras
por platos y ventanas
por muebles y sustancias.
Y la casa así visitada cambia
el sistema de sus vísceras
el susurro de sus vidrios
el orden de sus luces
el rumbo de sus aguas.

Y se mueve
un jugo oloroso en las recámaras
y sube una alegría de humedades respiradas
y tiembla un sonido de gestos descalzos
y estalla un encuentro de voces y de manos.
Y la casa se abre
como un cuerpo transformándose
en tu moreno cuerpo iluminado:
aquí habremos de vivir
un tiempo sin cenizas
y sin lágrimas.

Casi final

El hombre ya no espera.
Alejado de ti
por la durísima ciencia del desamor
luchándose sí
transformándose sí
sufriéndose sí
envejeciéndose en renovadas memorias
faltante de sus propios alientos
despegándose de la terca
espesura de su mala sombra
alzándose sobre sus nalgas
de hueso carcomido
derrotándose en burbujas
de un licor reseco
caminándose con fiel zapato
la tripa estremecida
quemando sus banderas de colores extraviados
lamiendo con desahuciada legua
los suaves pelos que olvidaste
chupando los delgados jugos tuyos
de tus fotografías
lavando otra vez los blancos calzones
que nunca te llevaste
quitando ínfimas polvaredas que se mezclan
con partículas aún calientes de tu piel
absorbiendo el olor derramado
por tus frescas entrepiernas
bebiendo las contaminaciones

de tus salivas fatigadas
midiendo las sucias lejanías
que entre cuerpo y persona
los ojos de los otros establecen
leyendo tus voces que el silencio
y la angustia habrán de vencer
mordiéndolo las plumas
de tus apagados cabellos ahuyentándose:
el hombre apartado de ti
por la amarga voluntad del desquerer
ausente ya de sí
masticando todavía lo impuro
de tus uñas tus sobacos y tus dientes
y hundiendo su cabeza
en las alfombras de un país
donde se borran
la ternura y el perdón:
el hombre ya no espera
conocer el último destino
de su último viaje.

¿Final?

El hombre toca
en razón de cansadas uñas
las humedades de su sombra
que apenas permanece
en las tierras oscuramente verdecidas del jardín.
Así comienzan las primicias de este día
que no llegará
a las rápidas fronteras de mañana.
Hierven otras aguas
en la jarra de peltre
otras frutas maduran
su color solitario
otro pan se deshace
como un cuerpo blanco
otra patria se pierde
como tu boca debajo de su piel
como un simple pájaro
en un cielo equivocado.
El hombre abre
con mano envejecida sus papeles:
la palabra que es tu nombre
no es tu nombre
y los signos de la angustia
y de la muerte
son más frágiles
que el pequeño peine azul
donde ahora también has dejado de estar.
¿Qué encontrarás de ti

en lo tuyo todo
que entre cucharas
y aviones y lápices
el hombre ha perdido?
¿Qué podrás hallar
de lo suyo del hombre
entre tus cosas:
qué restos de tristezas no borradas
qué furias y faltas y culpas y trabajos
de un tiempo fuera
de los tiempos de tu edad
qué difícil alegría
qué limpio placer construido
más allá de tu grito mortal?
¿Qué encontrarás de ti
qué del hombre
en lo tuyo
de cada uno de los otros?
Ah muchacha: que no haya
error en ti
que estos verbos del hombre
te sean olvidados
que la palabra lágrima
no sea tus lágrimas
que los sonidos del dolor
no sean tu dolor.

Índice

7	Meras palabras
9	Soneto para Gloria
10	La visitante
12	Pedazos
14	Pájaros oscuros
15	Landscape de Cuernavaca
17	Montevideo, otoño 96
19	El hijo oscuro
21	Luz de frontera
22	Más palabras
24	La faltante
26	La mano
28	La silenciosa
30	El pétalo y la rosa
34	La casa
36	Casi final
38	¿Final?

Esta primera edición de *Versos de poco amor* fue impresa en los talleres de Editorial Praxis, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Deleg. Cuauhtémoc, C.P. 06720, México, D.F., en octubre de 1996. El tiro, sobre ahuesado de 37 Kg, es de 1,000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carlos López.